

# La Antropofagia de los Indios Guaramies

Por Sebastián Sánchez Rincón  
Catedrático de la Universidad de  
Montevideo (Uruguay)

Las pocas semanas que estuve en Sagunto bastaron para que se me grabaran en mi ánimo, y para siempre, la modalidad simpática y hospitalaria de sus habitantes, y sobre todo el entusiasmo desinteresado y altamente patriótico de los socios del Centro Arqueológico Saguntino, cuya labor histórico-arqueológica ha tenido por resultado para Sagunto, una atracción turística, día a día más copiosa y frecuente.

Quedé admirado por las bellezas y hallazgos valiosos con que enriquecieron el museo y el acervo prehistórico de esa región levantina española esa entidad social de aficionados; y esa admiración subió de punto cuando supe, ya de vuelta en estas tierras americanas y uruguayas el merecido reconocimiento de dicho Centro Arqueológico Saguntino por parte de las autoridades oficiales, y el esfuerzo que supone en estos tiempos la edición periódica del boletín ARSE, para mantener siempre vivo y encendido ese entusiasmo por valorar los inmensos tesoros históricos (hasta ahora sólo valorados por los socios del Centro) y convertir así a Sagunto en uno de los imanes turísticos de España.

Por eso, adhiriéndome fervientemente a este movimiento reformador y progresista que el Centro Arqueológico Saguntino está llevando a cabo en esa (para mí de tantos recuerdos) simpática ciudad, quiero cooperar con mi modesto granito de arena divulgando, por medio de las páginas de ARSE, en esas

regiones, ricas en monumentos antiguos romanos y prerromanos, algunos aspectos, prehistóricos también, de estas lejanas tierras americanas, y que puedan ofrecer algún interés para ese público levantino saguntino, contribuyendo así a un mutuo cambio de conocimientos culturales.

La raza "Guarami" era una de las tribus de indios más feroces que los españoles encontraron en tierras del nuevo continente; una de las pocas que se alimentaban de carne humana, o "antropófaga", y muchas veces hacían excursiones por tierras de otras tribus indias nada más que para capturar esclavos, por miles, para tener qué comer y ofrecer sacrificios humanos a sus dioses, Thupá y Añán. Estos indios guaramies estaban extendidos por las regiones comprendidas entre el caudaloso río Amazonas, en el norte del Brasil y el río de la Plata, en las costas del Uruguay. En las regiones de esta última nación, estaban divididos en varias otras tribus, como la de los Charrúas, Chanaes, Yenos, Hohanas, Guenoas, Minuanes y Arachanes. De todos éstos, los más feroces eran los Charrúas, que habitaban en las orillas del río de la Plata, al sur de la República del Uruguay, con los que los conquistadores españoles tuvieron que habérselas a brazo partido durante casi un siglo y nunca fueron totalmente vencidos, hasta que desapareció la raza por consunción o amalgamamiento con la raza blanca

conquistadora de los españoles.

Los misioneros jesuitas fueron los que trabajaron más por la civilización y evangelización de estos indios Charrúas uruguayos y son muchos los autores y misioneros que relatan hasta con lujo de detalles las escenas horribles de antropofagia entre los indios guaraníes. Tengo ante mi vista un documento de uno de estos historiadores, el Padre Lozano, que nos cuenta algunas escenas horripilantes de estos feroces indios.

“A los que aprisionaban en la guerra —dice el citado P. Lozano—, si eran ancianos, los libraban luego de los trabajos de la vejez, porque siendo sus carnes las más sabrosas, les daban presto sepulcro en sus dientes y los devoraban a carne cruda. Si eran jóvenes, los llevaban cautivos con gran algazara a manera de triunfo y los reservaban para hacer alarde, el que los cautivó, de su valentía, un día señalado y en público teatro.

Guardaban el prisionero en casa del cacique, dándole libertad para cuantas comidas gustase, para engordarlos, les tinándose cazadores y pescadores que les trajesen los manjares de su gusto, de modo que en nada recibiese pena, para que así mejor se cebase.

Cuando al parecer estaba ya la res humana gorda y en sazón, convocaba el triunfador a toda la comarca, dando aviso del día de la fiesta. Incurrían en la nota de mal criados los que dejaban de asistir. Congregada en el lugar destinado la bárbara multitud, salía el que había de matar a su enemigo, vestido con sus mejores galas, que se reducían a plumajes de muy variados colores. Acompañábanle con semejantes arreos todos sus parientes, y entrándole en el palenque le paseaban muy mesurado con su macana al hombro.

El triste cautivo salía atado con dos fuertes cordeles de que tiraban dos manebos robustos. Recibíanle en la puerta del palenque seis viejas inmundas, pintadas de colorado y amarillo y con collares de dientes que sacaron alguna vez de las calaveras de otros desgraciados y mi-

serables que ayudaron a martirizar. Iban cantando y bailando al son de ciertos barreños que llevaban en las manos para recoger la sangre y entrañas del paciente a quien acercándose muy grave el vencedor, le tiraba un golpe de macana en los brazos; luego daba otro muy despacio, para que con la muerte más tardía fuese mayor la fiesta, hasta que ya rendida la víctima apuntaba el último golpe en la cabeza y le dejaba muerto, con tales aplausos, gritería y silbidos de los circunstantes que atornaban los aires.

Recogidas la sangre y las entrañas por las malditas viejas, el matador hacía la repartición de las carnes del difunto destrozándolas en menudas piezas, para que todos pudiesen alcanzar alguna...”

De esta raza de indios guaraníes quedan algunas todavía en la amazonía y en las selvas impenetrables y todavía inexploradas del Brasil. Los timbúes, abipones, agaces, guayaurúes, y en el Paraguay los carios y los paraguas. Cada vez que se quiere penetrar en las selvas en donde habitan, se toman una serie de precauciones, porque ¡cualquiera se acerca...!

Esta raza guaraní ya está completamente extinguida en el Uruguay, pues las guerras de la independencia americanas, las interminables guerras civiles que sucedieron después y la penetración de la civilización, que poco a poco ha ido abriendo caminos, vías férreas, ha ido fundando pueblos, ciudades, provincias... etc. ha ido también diezmando estas razas errantes y nómadas hasta extinguirlas por completo de las orillas del río de la Plata y hasta de casi todo el Brasil menos la parte central y selvática. Los últimos charrúas capturados en 1832, fueron llevados a París como exposición de una raza india que perecía.

Se les sacó un dibujo lineal de sus facciones, piernas, brazos, cuerpo y se esculpieron estatuas similares de bronce, que actualmente adornan uno de los parques de Montevideo.